ARTE POETICA

NO merece llamarse gusto el que deja la agudeza descompuesta y desatada, cuando su mismo nombre condena en la una su desaliño y aprueba en la otra su artificioso aseo.

LA semejanza o metáfora, ya por lo fácil de la acomodación, por lo sublime a veces del término a quien se transfiere o asemeja el sujeto, suele ser ordinaria oficina de los discursos, y aunque tan común, se hallan en ella compuestos extraordinarios, por lo prodigioso de la correspondencia y careo.

CUANDO se ajustan todas las circunstancias y adyacentes del sujeto al término de la traslación, sin violencia, y con tal consonancia que cada parte de la metáfora fuera un relevante concepto, está en su mayor exaltación el compuesto.

EN los poemas, especialmente epigramas, una metáfora bien seguida, aplicando con propiedad y correspondencia todas las partes de ella y las circunstancias, sale extremadamente.

NO es esencia de la agudeza fingida el metro y composición poética, sino ornato que la prosa suele suplir con su aliñada cultura. No está la eminencia en la cantidad de sílabas, ni en la cadencia de ellas, que eso es muy material, no pasa del oído; sí en la sutileza del pensar, en la elegancia del decir, en el artificio del discurrir, en la profundidad del declarar.

DOS cosas hacen perfecto un estilo: lo material de las palabras y lo formal de los pensamientos.

SON las voces lo que las hojas en el árbol, y los conceptos el fruto. No fué paradoja, sino ignorancia, condenar todo concepto. Ni fué Aristarco, sino monstruo, el que satirizó la agudeza, antípoda del ingenio, cuya mente debía ser el desierto del discurso. Son los conceptos vida del estilo, espíritu del decir, y tanto tiene de perfección cuanto de sutileza, mas cuando se junta lo realzado del estilo y lo remontado del concepto, hacen la obra cabal.

PUÉDESE decir de los conceptos lo que de las figuras retóricas: ni todo el cielo es estrellas ni todo el cielo es vacíos; sirven éstos como de fondos, para que campeen más los altos de aquéllas, y altérnanse las sombras, para que brillen más las luces.

PREÑADO ha de ser el verbo, no hinchado, que signifique, no que resuene; verbos con fondo, donde se engolfe la atención, donde tenga en qué cebarse la comprensión.

DOS géneros de estilo hay célebres, muy altercados de los valientes gustos, y son el natural y el artificial; aquél, liso, corriente, sin afectación, pero propio, casto y terso; éste, pulido, limado, con estudio y atención... El artificioso, dicen sus secuaces, es más perfecto, que sin el arte siempre fué la naturaleza inculta y basta; es sublime, y así más digno de los grandes ingenios; más agradable porque junta lo dulce con lo útil.

ES el estilo natural, como el pan, que nunca enfada: gústase de él más que del violento, por lo verdadero y claro, ni repugna a la elocuencia, antes fluye con palabras castas y propias.

SON las paradojas monstruos de la verdad, y un extraordinario, y más de ingenio, algunas veces se recibe bien: en ocasiones grandes ha de ser el pensar grande.

AUNQUE las sentencias hablan comúnmente con universalidad, pueden con el arte singularizarse a la ocasión, y son sentencias contraídas que dan mucho escrúpulo al concepto.

TIENE la agudeza también sus argumentos, que si en los dialécticos reina la eficacia, en los retóricos la elocuencia, en éstos la belleza. Usando mucho en poesía para exprimir y exagerar los sentidos.

ES gran eminencia del ingenioso artificio llevar suspensa la mente del que atiende y no luego declararse.



BALTASAR GRACIÁN